

## CULTURA

# «Deseaba a las palabras como a un cuerpo»

- Pilar Palomo destaca en El Escorial la pasión por el lenguaje de Francisco Umbral
- César Antonio Molina: «Igual que Larra, fue disconforme y crítico con el poder»

EMMA RODRÍGUEZ / El Escorial (Madrid)

En *Un ser de lejanías* Francisco Umbral confiesa que, antes que cualquier otra cosa, de joven él se soñaba escritor de periódicos, articulista. En esa obra, cumbre de sus escritos más íntimos y más apegados a la memoria, el escritor explica su visión del género: algo tan puro, tan exigente –como un soneto– que requiere de la urgencia y la rabia para alcanzar esa gloria inmediata similar a la del toreo. No son sus palabras exactas, pero sí la idea de fondo. Una idea que ayer utilizó la catedrática Pilar Palomo para retratar al Umbral columnista en la apertura del curso que lleva por título *De Larra a Umbral*, dos nombres que trazan un puente necesario para entender las raíces del gran periodismo literario.

Una lección de periodismo fue lo que ayer se vivió en El Escorial desde el momento en el que César Antonio Molina, ex ministro de Cultura y director del curso, se refirió a los paralelismos de dos grandes separados por casi dos siglos, «pero que demuestran lo poco que ha cambiado en todo este tiempo la antropología del español en cuanto a su pensamiento, su manera de ser, su educación y su cultura».

Basta con repasar los textos de Larra; basta con volver a los artículos de Umbral para darse cuenta de cómo ambos se preocuparon por ello,

«Escribió del mundo con una bondadosa malevolencia», destacó Jorge Urrutia

Masoliver: «Era ameno, incisivo, creativo, agresivo y manejaba muy bien la anécdota»

de cómo se quejaron del bajo nivel de la formación de los dirigentes. «Los dos fueron hombres disconformes con el poder, críticos con el mal funcionamiento del país cuando se producía, fuesen sus gobernantes del signo que fuesen. Esa era la idea del patriotismo que compartían», señaló Molina.

La imagen de ambos escritores como seres rebeldes, críticos, hasta agresivos con el tiempo y con las circunstancias que les tocó vivir, aun a expensas de resultar incómodos y antipáticos para no pocos, apareció una y otra vez.

Fue Pilar Palomo, en una magnífica exposición, quien trazó el mapa de las influencias de Umbral, de los tipos de escritor a partir de los cuales se reinventó y en quienes encontró su particular manera de asomarse al mundo, de construir columnas, a las que se mantuvo fiel hasta el final y que fueron el ejercicio diario

que le mantuvo atado a la vida. Quedo, Larra, Valle-Inclán, la línea de los rebeldes sin causa. Ahí es donde hay que situar a Francisco Umbral. «La influencia que ejercieron sobre él no fue sólo literaria, sino mucho más profunda», destacó Palomo, quien, a través de textos del propio escritor, fue encontrando sus complicidades. La complicidad con la insolencia y el estilo desafiante de Quedo, con el «periodismo acanallado de Valle», con la vocación por la lengua de Larra.

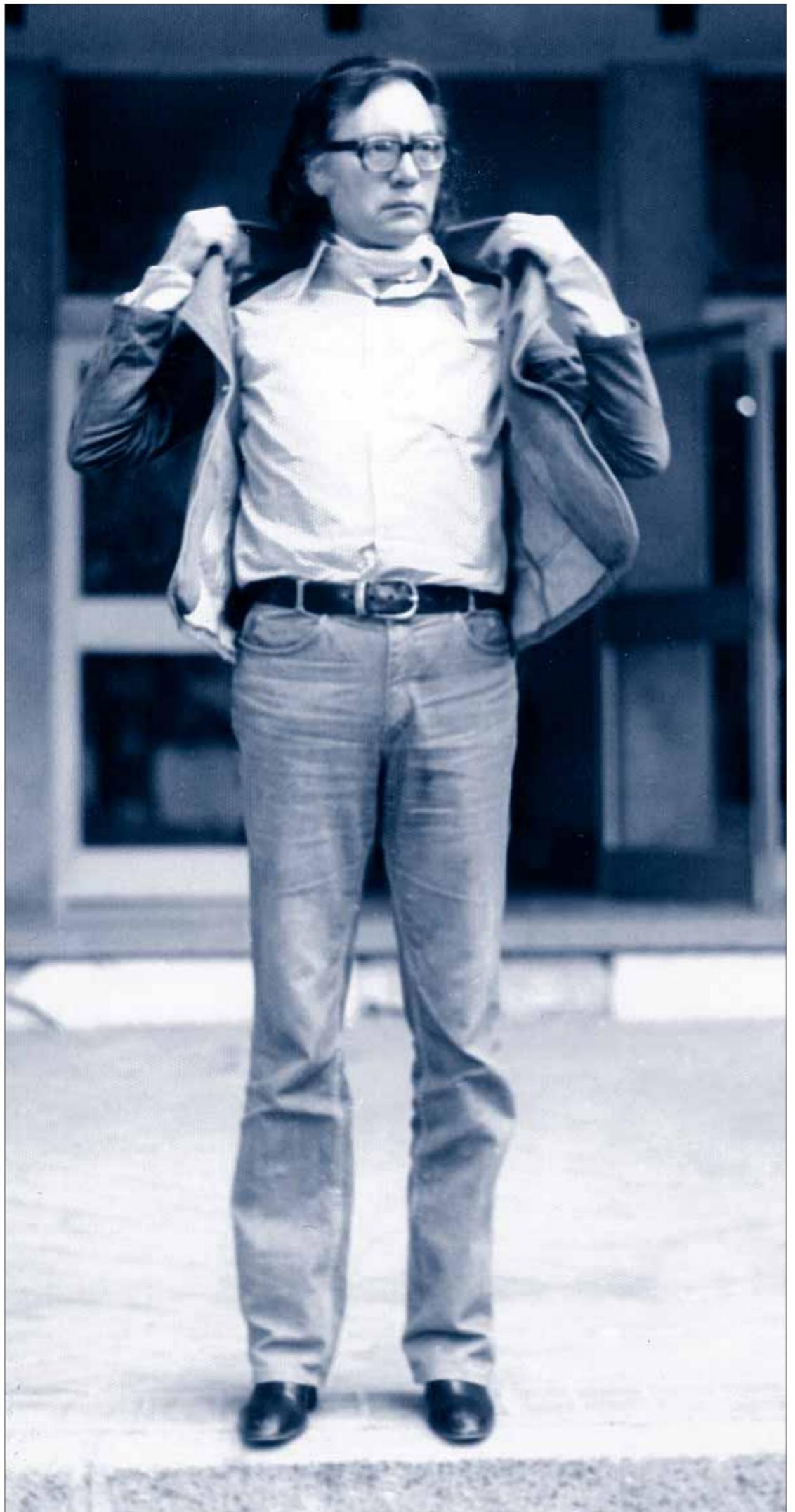
«Pobre del escritor que no sabe jugar con las palabras», decía Umbral, y recurría a la cita Palomo. «No dudaba en reconocer que a las palabras había que poseerlas como un cuerpo deseado. Había en él un amor, una identificación erótica con el lenguaje. Llegó a decir que a algunos escritores se les notaba que no follaban con las palabras. Ese amor, esa carnalidad, también está en Larra».

Umbral aseguraba que recurría a los clásicos, que tiraba de ellos reinventándolos. Umbral confesaba que Larra estuvo en sus orígenes, que apareció, sobre todo, en la etapa en la que escribió en *El País*, pero que hubo de dejarlo en el camino para encontrar el estilo inconfundible con el que sorprendió durante su última etapa a los lectores de EL MUNDO. A Larra le dedicó una biografía, *Anatomía de un dandy*, que, como indicó el catedrático Jorge Urrutia, tal vez fue el mejor retrato que hizo Umbral de sí mismo.

Precisamente en la permanente recreación de su yo a través de la literatura, en su continuo juego entre la ficción y la realidad en la que se sustenta toda su obra y que se convierte en una trampa y en una indiscutible arma de seducción para sus lectores, se centró Urrutia. «¿No será Umbral ya un personaje literario?», se preguntaba. «En toda su obra juega a confundir, su manera de comprender y aprehender la realidad es convirtiéndola en literatura», afirmó, refiriéndose a «la violencia de su estilo», a su manera de mostrarse crítico desde la misma ironía y «chispa arrancada al analfabetismo español» con la que brilló Mariano José de Larra.

El catedrático siguió lanzando puentes colgantes entre ambos escritores: «El carácter autodidacta, la emancipación temprana, la querencia de ambos de representar el progreso, la civilización, la libertad y el estilo, la corrección del patriotismo con el europeísmo». Hasta llegó a sostener que en Umbral hubo también tendencias suicidas, que solventó con el malditismo, «la autodestrucción del yo literario». «La clarividencia, la tenacidad, el sarcasmo, le permitieron distanciarse, agredir al mundo, del que escribió con una bondadosa malevolencia».

Si Urrutia retrató al joven Umbral luchando por no formar parte del grupo de poetas del Boletín Oficial, huyendo de todo lo que no fuese individualidad, escapando del tópico,



El escritor Francisco Umbral, en una imagen de la década de los años 80.